

parados por el gobernador señor Loygorri, toda vez que esta autoridad se cruzaba de brazos, oyendo impasible los hechos que se denunciaban, cuando tenía el deber de corregirlos.

Al *Defensor* secundaba un semanario intitulado *La Alianza*, en el cual publicaba violentos artículos el capellan del Hospicio, que ha venido á ser causa determinante del presente conflicto.

Tanto en estos artículos, como en todos los escritos de *El Defensor*, se decia lo que en Granada es público y notorio, á saber: que á los empleados de la Diputación se les llegaron á deber diez y siete mensualidades de sus sueldos respectivos, dando lugar á que algunos abrieran suscripciones, poco menos que públicas, para atender á sus más perentorias necesidades; que las nodrizas de la casa-cuna, sobre no cobrar tampoco sus mezquinos salarios, eran insuficientes, llegando hasta el extremo de que una sola tuviese que amamantar á cuatro ó cinco niños; que los dementes estaban desnudos en el manicomio y los hospicianos andaban descalzos por el Hospicio; hasta en el Hospital llegó á escasear el caldo para los enfermos.

¿Qué hacia el gobernador en vista de semejantes denuncias? El gobernador esperó tranquilamente á que á uno de los periodistas se le corriese la pluma y diese lugar á un procedimiento por delito de imprenta.

Este periodista fué el presbítero señor Moreno, que segun parece escribe con bastante violencia. Dictóse auto de prision y, al ir á ejecutarlo, el capellan del Hospicio vistió su ropa talar y se dejó conducir, atado, entre dos guardias civiles, desde su domicilio á la cárcel.

No nos duelen prendas y procuramos en todo ser imparciales. Si, como ha dicho algun periódico, el gobernador envió un coche para conducir en él al sacerdote, éste hubiera procedido con mas prudencia evitando el escándalo. De todos modos, el hecho hubiera sido el mismo y la indignacion pública seria idéntica, viendo preso al que denunciaba abusos tan punibles y presenciando como éstos continuaban, sin que nadie procurase corregirlos, y sin que el delegado del gobierno pareciera enterarse de ello, así como, segun han dicho *El Imparcial* y otros periódicos, tampoco se entera de que en la capital donde ejerce sus funciones, se juega descaradamente.

Por hoy la tranquilidad está restablecida. Pero los abusos subsisten y no pueden menos de subsistir mientras el señor Loygorri continúe al frente de aquella provincia y mientras la Diputación no sea destituida. Por el momento, el ministro de la Gobernacion tiene la excusa de que, hallándonos en período electoral, no puede adoptar cierta clase de medidas. El período electoral terminará dentro de muy pocos dias. Para entonces ya anuncian los periódicos que el señor Loygorri será trasladado á otra provincia, sin duda porque el señor Aguilera cree que las condiciones de mando son como la salud, que se consigue algunas veces cambiando de aires, y añaden que para entonces un jefe superior de administracion irá á girar una visita á la Diputación provincial de Granada.

Reconocemos que el ministro de la Gobernacion hará todo lo que la ley consiente, pero no podemos menos de manifestar lo que tantas veces hemos dicho sobre estos asuntos, á saber; que tenemos poca confianza en la eficacia de estas visitas.

Y es el caso que, si los abusos continúan y la opinion pública vuelve á sobrecitarse en Granada, pueden ocurrir allí disturbios mucho mas graves que los de ahora.—E. Z.

Madrid 7 de septiembre.

12 Setiembre 94

*E. Martínez*

## EN LAS ALTURAS.

Salimos de Camprodon con el día. Ibamos á ver el nacimiento del rio Ter como quien va á una fiesta. Cuatro éramos los excursionistas, teniendo la dicha de contar entre nosotros al intrépido enamorado del Pirineo D. César Augusto Torras. Dos guías nos acompañaban, y montábamos sendos mulos de repletas alforjas y de andares capaces de desencuadernar en unas cuantas sacudidas á jinetes menos firmes en su silla y en su voluntad de gozar desde ella todas las



magnificencias pirenaicas que nos aguardaban en el fondo y en las cumbres de las montañas.

Pusímonos en seguida al lado del Ter remontando su curso, diáfano como el semblante de un niño, por entre arboledas, y prados humeantes de matinales vapores y limpios pedregales donde sonaban alegremente los herrados cascos de las cabalgaduras.

Cruzamos pueblecillos de esos que dejan una vaga y calmante impresion de estancamiento de vida, con sus encojidas y negruzcas iglesias bizantinas cuyos ábsides parecen redondeados por el roce secular de tantas lluvias y tantos vientos; con sus habitantes de gestos lentos y pesados, de rostros inespresivos y como en perpétua somnolencia; con sus sombrías y solitarias callejuelas, donde pone la única nota alegre la amarilla paja que rebosa de las oscuras viviendas; donde vagan en dulce abandono patos, cerdos y gallinas; y de las que se sale con una en cierto modo confortante sensacion de establo. Llanás, Vilalonga, Set Casas... todos estos pueblos tienen su nombre propio, aunque á los ojos del hombre de ciudad son indistinta y poéticamente «un pueblo» cada uno de ellos.

Al abandonar el último nos despedimos de todo poblado y de toda suavidad de la Naturaleza para internarnos en los sombríos y riscosos *estrets de Morens*. En ellos la vegetacion va haciéndose mas escasa y mas áspera, va acercándose el reino de la roca viva y del agua. Entre aquellos inmensos muros que empequeñecen al hombre hasta lo increíble y en cuyas lejanas alturas divísanse las terribles *singleras* solo frecuentadas por las gamuzas, corre en el fondo con paso incierto todavía, tropezando y cayendo y resbalando en su lecho de peñas informes y de redondeadas rocas el niño Ter, que ora parece llorar, ora que ríe y canta abandonado en aquellas tremendas soledades dignas de la infancia de un héroe. Allí no sabe aun el naciente río lo que es lodo; ni una gota filtra ó pierde de sus aguas, tras cuya inocente transparencia no se disimula ni la mas leve guija. Su corriente es como finísimo velo de aire líquido que para mayor gala se riza á trechos en blancas espumas. Y entretanto va formándose y creciendo con el tributo de deslumbradoras cascadas que bajan apresuradamente de las remotas y solitarias alturas, ó con el mas humilde y quieto de misteriosas fuentes que nacen en sus mismos bordes y se abandonan calladas á él en el mismo momento de nacer.

Pero subamos mas, y mas todavía, y veremos el río hacerse ténue, insignificante, entre las enormes *esllevisadas* que se llaman *els recones*, pero que no debieran tener nombre: devastacion sublime como de grandes montañas que en el tiempo fueron, y que hoy yacen desmembradas y deshechas en confusos amontonamientos de bloques gigantescos echados de cualquier manera, vírgenes de toda huella humana, sin una hierba, abandonadas, y que dan la impresion de quejarse perpétuamente en silencioso y horrendo bramido inacabable de soledad y de muerte. Y dominando esta devastacion, el *Grá de Fajol*, el pico quebrado de delicados tonos carnosos, fino, altísimo, ideal, ya casi cosa del cielo.

Al pié de este pico y del *Puig de Bastiments*, en una vasta hondonada pedregosa cubierta á trechos de hierba corta y miserable, cerca una derruida barraca de pastores, á 2.400 metros sobre el nivel del mar y entre grandes piedras amontonadas, brota con ténue vagido una fuente de agua muy fria. Es el Ter que nace.

Era mediodía; un mediodía claro, sin nubes y sin nieblas, excepcional en aquellas alturas. Sentados en las peladas rocas junto á la fuente, bajo el pálido y tibio sol de las montañas, comimos los manjares fiambres que llevábamos con el apetito casi enfermizo del hombre de vida sedentaria que se mete á nómada por veinticuatro horas.

Tomamos de nuevo nuestras cabalgaduras y emprendimos la áspera subida del *Coll de la Marrana*. Sobre este *coll*, y ya en vista de las altas soledades pirenaicas, estrechamos por última vez la mano al amigo Torras que tanto nos habia hecho penetrar las bellezas del paisaje con su gran conocimiento, su profundo sentimiento del mismo, y la comitiva partióse por mitad. Con cierta sensacion de desamparo seguimos nuestro camino azotados por el terrible viento que suelto y sin obstáculos vuela por las cimas, atronador, irresistible, asfixiante, desprecia-

Un buen trecho habíamos andado cuando al volver la mirada hácia atrás vi-



mos trepando por la casi celeste cumbre del *Grà de Rajol* un punto oscuro y movedizo que nos resultaba del tamaño de una hormiga. Era el amigo Torras que, arrojando el vértigo, el vendaval y el peligroso camino, realizaba aquella ascension increíble. Aquel hombre forzó nuestra admiracion, y hubimos de pensar involuntariamente en la simbólica figura del Halvard Solness de Ibsen. Traspuso la cima y se perdió en la altura.

Habíamos reanudado la marcha, cuando de pronto... ¿qué rara ilusion era aquella de nuestros oidos? Envueltas en el horrisono fragor del viento llegaban á nosotros múltiples notas sonoras, suaves, anchas, aterciopeladas, como de órgano, juntadas en estraña armonía y desplegando indefinidamente una cierta melodía grandiosa y vaga... ¿Qué era aquello que iba y volvía, creciendo ó disminuyendo en intensidad a capricho del vendaval, como cosa de encantamiento? Temimos un momento por la integridad de nuestros sentidos, como si en aquel medio para nosotros inusitado nuestros nervios hubieran sufrido algun estraño quebranto. ¿Cuál era la causa de aquella música? Esta fatal preocupacion de hombres cultos nos importunaba; y tanto como nos deleitaban aquellos sonos!

La causa era una innumerable yeguada que pacía en frente nuestro en un extenso llano pendiente sobre el abismo. Cada yegua tenia su esquilon, cada esquilon su nota, y el aire, gran músico, llevaba todas esas notas juntas por los espacios.

Entonces perdimos no el camino, porque en las alturas no hay caminos, pero sí la direccion, que vagamente nos indicó con gestos sublimes y raras palabras, entrecortadas por el viento atronador, el pastor de la yeguada medio tumbado al suelo junto á su olla, frente al estático *baylet* sentado sobre los talones.

*Pujem amunt, y amunt encara*, nos dijimos con el poeta inmortal de *Canigó*, y tomamos la *pujada de Tira-Pits*, denominacion sugestiva y plenamente acreditada por el anheloso trepar y resbalar de nuestros mulos que luchaban heróicamente para asegurar cada paso en el movedizo pedregal que iba desmoronándose á sus piés, mientras los ginetes, completamente doblegados en la silla, pegábamos el cuerpo al cuello del pobre animal jadeante.

Así ganamos la *Coma de Vaca*. Pusimos pié á tierra y echamos á andar por aquellas altas soledades como poseidos de un encanto. A uno y otro lado de la angusta *carena*, valles que hacen sentir lo Eterno. Nada se mueve en ellos, ni se oye; perennemente inmóviles y mudos, parece que en su severo recinto, sóbrio de líneas y colores, no hay aire para un rumor ni para un movimiento; no tienen ambiente: todo está petrificado. Y cuando con la cabeza medio desvanecida por tantas alturas, trémulas las piernas, latiendo la emocion en todas nuestras venas, nos asomamos tímidamente á uno de estos valles, abriéronsenos de repente en su fondo dos ojos divinamente azules é inmaculados que eran los estanques de Carrençá sonriendo perdidos en las montañas.

No podíamos mas. Al anochecer bajamos al lóbrego valle de Nuria profundamente entristecidos.

J. MARAGALL.

## CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA

Madrid 10 de septiembre.

El resultado de las elecciones provinciales ha sido en toda España, á juzgar por los datos oficiales, favorable á los candidatos ministeriales, y, como ya de antemano era sabido, no ha producido en la opinion ningun efecto, pues el suceso tiene real y verdaderamente muy poca importancia política; pero no obstante esto los periódicos principalmente no han dejado de llamar la atencion respecto de las maniobras verdaderamente incalificables que los partidarios y mantenedores de la pureza del sufragio han puesto en juego para lograr un número de votos relativamente considerable. En efecto, el número de personas que han votado con nombre supuesto ha sido infinito, sin que haya sido posible detener á los autores de este abuso, que bien aleccionados han ejecutado la suplantacion una ó mas veces, al paso que algunos otros no han podido ejercitar su derecho reuniendo cuantas condiciones se exigen para ello por haberse olvidado á los em-